

C A R T A

Presentamos en este número un fragmento de una carta escrita por el Maestro Tomás Carrasquilla, la figura más destacada de la novela colombiana. La consideramos de interés, no solamente por la parte literaria y por el nombre del autor, sino porque al través de él se pueden vislumbrar los problemas que ha afrontado nuestra industria minera, y también el ambiente y la vida de lo que fue nuestra minería.

Sabido es que un largo período de la vida del Maestro transcurrió en el ambiente de las minas. Y la influencia de este ambiente se refleja con intensidad en dos de sus más importantes novelas: "LA MARQUESA DE YOLOMBO" y "HACE TIEMPOS".

...y le contaré que en estos días terminamos una diversión muy sabrosa, y fue la traída de un principal. Como usted no ha de saber mucho de cosas de minas, tendré que explicarle, primero, qué es un principal: pues es el palo o eje que hace voltear la rueda de molino y que levanta, por medio de unos dientes, los palos en que están encabados los pisones que muelen el mineral. Me parece que ni Tulio Ospina explica mejor todo este enredo. Ya comprenderá que el palito no es un bastón. Pues bueno: hubo que reponer el de uno de los molinos, el de 10 pisones, y, en cuanto los aserradores lo cortaron y lo pelaron en el monte, se convocó a convite para la traída, a toda la pionada y a los Argelinos. Llevando por delante la damajuana de aguardiente, partimos desde las seis monte arriba, por entre la trocha que hubo que hacer para sacar el leño. Eso era de parriba y de pabajo y de travesía y de sesgo. Por allá estaba en un hueco, como un cigarro de Ambalema entre basura menuda. Le hicieron rotos en ringlera, con un barreno, y le metieron tacos, para poder agarrar. Aquello quedó erizado, como gusano barbadindio. Y principia la cosa. Se prenden de los tacos que ni hormigas; meten barras por un lado; meten palancas por otro; ponen un tendido adelante de palos, que llaman bolillos; se apartan los mirones, y, a la voz de **uno! dos! tres!**, dicen, mi señora, a jalar, a rempujar, a meter fuerza y potencia. Figúrese lo que aquello avanzará! Se sienten los dceseos, los pugidos y el traquear de huesos. Qué gritería y qué vítores, cuando la cosa rindel! Qué insultos al palo cuando se les atranca, y qué embriaguez, cuando lo pueden echar a rodar! se va

despedido y caen las palamentas y se aplastan los rastrojos y vuelan los pájaros aterrados. Hay treguas, para tomar el trago que fortifica. Todos aquellos jayanones, con las caras encendidas y bañados en sudor respiran como fuelles. Las mujeres, que en todas partes —mejorando lo presente— juntan la caridad a la novelería, acuden de lado y lado del atajo, tan de pronto, como los genios bienhechores de la selva, con los calabazos de agua, los cuartos de panela, las exclamaciones y los sustos. Cada una ve destripados a sus respectivos deudos. "¡Ah poder el del hombre!" —exclama entusiasmada la negra Segunda Londoño—. ¡No niña —explica Julia González, la Petronia de la Mina— esto no es nada...! ¡Si usted viera en Titiribí!!!! (esta paisana de misía María Francisca y de Felicia, toca y canta y es la modista de aquí y se pinta con cal y habla fino). De repente, en una pendiente, se les pega el palo: ni barras, ni palancas, ni tirones con sogas, ni bolillos le valen; ni patrás ni palante. No se oyen sino improperios, y maldiciones y atrocidades contra el tronco de roble. ¡Pero ni por ésas! Se escancia por duplicado, a ver si el brujo de Pepe Sierra hace el milagro. ¡Tampoco! Gran confusión entre los muchachos, que son los directores. Creen que hay que convocar a toda la gente de treinta leguas a la redonda. El hembre-río todo desahucia la empresa. Mas Pacho Monsalve, un mohán como una torre, grita frenético: "¡Esta chamiza no nos come delante de tanta nagua! Arriba muchachos!" Esto fue el "armas a discreción y paso de vencedores" de Córdoba. Aquellos desanimados pechos se ensanchan y poseídos por el demonio de la rabia, que debe de ser (por lo que se me alcanza en medio de mi sinvergüenzada) el mismo del valor, acometen y embisten contra la chamiza. A la una y media la pusieron en el molino. El palillo medía siete varas y media y debió pesar —según el peso que hicimos de un recorte— ciento cincuenta y siete arrobas: casi dos toneladas. Siempre dizque hay aporreados y descompuestos en estos casos; pero en éste todos los cristianos salieron ilesos, tan solamente hubo matada de culebra. Afortunadamente no presencié este episodio, porque si no caigo muerto, quedo enfermo del corazón".

"No le cuento más sucesos..."

San Andrés, octubre 25 de 1906.